

Pero hay un caso muy especial que conozco de forma directísima. El protagonista es el R.P. Felipe Pelanda López, capellán del Batallón 141 de Ingenieros, de La Rioja. Este sacerdote nos visitó durante 13 meses en nuestros calabozos sin tener una sola palabra de (sincero) aliento o de (cristiana) piedad ante nuestros muchos pesares. A un detenido que había sido brutalmente apaleado y se quejaba de ello, este hombre —a quien Dios tendrá que amparar muy especialmente— le respondió exasperado: «¡Y bueno, m'hijo: si no quiere que le peguen, hable!». En 1978, cuando vino la Cruz Roja a la cárcel (de cuya visita nos enteramos, según ya expliqué, por la amenaza de muerte previa) le hice saber que tenía un problema de conciencia. «Se trata —le dije— de que uno de los mandamientos prohíbe mentir. Lo que quiero saber es si mi obligación como cristiano es decir siempre la verdad, sean cuales fueren las consecuencias». Le estaba preguntando, por supuesto, si debía revelar o no a la Cruz Roja todos los horrores que estaban ocurriendo. «Bueno —respondió— es un caso espinoso. Pero me parece que si un cristiano está en peligro de muerte puede perfectamente ser excusado de un mandamiento».

Este mismo sacerdote entró en la Nochebuena de 1977 en mi calabozo en sombras, me pidió que extendiese una mano y con gesto furtivo puso en ella un caramelo (exactamente uno) y dijo: «Para que te endulce la noche». Del Cristo que estaba por nacer, ni palabra.

Estas anécdotas no representan, por supuesto, a la totalidad del clero argentino. Pero la verdad es que lo que se vio por las cárceles argentinas en todos estos años hace dudar seriamente acerca de las virtudes de esa corporación.

La libertad

En noviembre de 1979 el gobierno de Canadá me concedió una visa de refugiado político por la cual solicité autorización para salir del país. El gobierno militar —que al parecer me había fijado una condena de 4 años— la «concedió» (en realidad, se trata de un derecho constitucional) el 25 de febrero de 1980. Diez días después fui trasladado a la Unidad n.º 1, conocida como «Cárcel de Caseros», en Buenos Aires, y el 19 de abril de ese mismo año se me permitió embarcar en un avión de Cana-

dian Pacific Airlines (bendita sea la Canadian Pacific Airlines) en un vuelo a Toronto, poniendo fin a la Gran Pesadilla. Poco antes de abordar el avión fui llevado a un local de la policía aeronáutica donde un oficial me advirtió que no debía hacer en el exterior declaraciones sobre la situación de las cárceles argentinas «porque usted tiene familiares aquí y podrían tener problemas». Ese fue mi último contacto, por ahora, con la Dictadura que oprime a mi país.

André Malraux ha escrito que «la vida de un hombre no vale nada, pero nada vale la vida de un hombre». Pues eso.

Mario Paoletti

Lecciones de una guerra*

El Operativo Malvinas y los hechos políticos y militares de estos últimos meses se convirtieron en centro de la política argentina y, después de la derrota, en desencadenante de la crisis, que involucra a toda la sociedad

* Publicado en Punto de vista, n.º 15, agosto 1982. Carlos Altamirano, autor de este texto, es miembro fundador del Consejo de Redacción de la revista.

nacional y toca, en consecuencia, directamente a los intelectuales. *Punto de vista* no considera que esta temática pueda permanecer fuera del espacio de la revista, como reflexión sobre lo sucedido y sobre las posiciones que dividieron el campo intelectual. Desde esta preocupación, Carlos Altamirano propone algunas perspectivas sobre los últimos sucesos en el marco de las cuestiones nacional y democrática. El Consejo de Redacción en su conjunto considera como propias las posiciones del artículo que se publica.

En Buenos Aires, el Operativo Malvinas terminó como había comenzado: con una convocatoria a Plaza de Mayo. Pero la segunda cita no resultó como la primera. Los que, desde el poder o fuera de él, habían fantaseado con alguna nueva versión el 17 de octubre de 1945, se encontraron con que habían promovido una reedición, sí, pero de una fecha más cercana, la del último 30 de marzo¹. Buena parte de los que casi dos meses atrás animaron la primera convocatoria oficial para celebrar el desembarco en las Islas y cuyas consignas le dieron tono y proyecciones «avanzadas» al operativo militar, reasumirían en la segunda vuelta la figura del «subversivo». Después, todo se precipitaría. Así, tuvimos que asistir como súbditos a las disputas de los «señores de la guerra» que deliberaban sobre el presidente y el futuro que habrían de imponer a los argentinos, sin otros títulos para ello que el monopolio de la fuerza. La encrucijada de la guerra no había traído todos aquellos cambios que muchos, soñando con los ojos abiertos, le atribuyeron a la dinámica de las «contradicciones objetivas». Sólo precipitó el resquebrajamiento de un régimen que vio en la recuperación de las Malvinas un camino para resolver sus problemas, incluido el de su legitimidad.

I

¿Por qué, finalmente, fuimos a una guerra? El pueblo que en los días posteriores a la caída de Puerto Argentino preguntaba lleno de rabia por el sentido del conflicto, no tenía dudas acerca de los derechos argentinos sobre las Islas, ni sobre el carácter imperialista de la reacción británica y la de su socio mayor, los EE.UU. El antimperialismo no era un dato novedoso ni insospechado de

la cultura política argentina, aunque el Proceso de Reorganización Nacional había trabajado implacablemente para desterrarlo. La pregunta apunta en otra dirección y revelaba que comenzaba a difundirse la conciencia de que un sentimiento y una reivindicación legítimos habían sido jugados en una aventura militar cuyo precio era la mutilación de otra generación de jóvenes y el agravamiento de una situación económico-social ya insoportable.

El Operativo no fue un rayo en cielo sereno. Tampoco podría decirse que se ignoraba completamente que el tema había sido puesto en el orden del día a partir del recambio producido dentro del régimen militar en diciembre de 1981. Quien quisiera podía leerlo en el diario *La Prensa*, cuyo columnista Iglesias Rouco, que tantos servicios le prestó y le prestaría al «partido de la guerra», anunció el desembarco con mucha antelación, rodeándolo ya entonces de todo el espíritu de exitismo y facilonería que se tornaría en la norma después del 2 de abril. Todo era muy sencillo: la operación, que no presentaba complicaciones desde el punto de vista técnico-militar; la solidez jurídica del reclamo argentino; la moderación, que era de descontar, de la reacción británica y, sobre todo, la benevolente neutralidad de los EE.UU. (si previamente el régimen militar daba algunas muestras claras de su vocación «occidental»). Y, en compensación por algo tan sencillo, ¡cuánto rédito!

II

Tres grandes problemas dominaban al régimen militar cuando el general Galtieri asumió la presidencia: 1. Aislado como nunca desde 1976, ¿cómo prolongar el proyecto que se había dado el pomposo nombre de Proceso de Reorganización Nacional, cuando, después de seis años no ofrecía, incluso para muchos de los que le dieron fervoroso apoyo, otro balance que su eficacia represiva? ¿Cómo conjugar, entonces, las metas que habían dado nacimiento al régimen, y a las que no se estaba dispuesto a renunciar, con una «causa nacional»? 2. Las

¹ El 30 de marzo de 1982, tuvo lugar una enorme movilización, encabezada por la CGT y los partidos políticos, para manifestarse en contra de la dictadura militar. Tres días después, ésta invadía las islas Malvinas.

divergencias en las propias filas de la corporación militar. La falta de homogeneidad y de un predominio claro y estable entre corrientes y grupos diferentes había sido un rasgo característico de la dictadura militar argentina desde su mismo comienzo; el complicado mecanismo que se implantó para resolver sobre áreas de competencia, fueros y jurisdicciones no hizo más que traducir institucionalmente esa situación. El fracaso en el cumplimiento de los «grandes objetivos» irritó todas esas divergencias, pero las disputas sordas y discretas de los primeros años se tomaron cada vez más abiertas, hasta alcanzar luz pública con las posiciones «disidentes» del almirante Massera y con el desenlace de la breve gestión del general Viola. A principios del 82, en medio de la crisis económica más grave de la Argentina moderna y con las filas de los «amigos del proceso» raleadas por la derrota del violismo, el legado de la «guerra sucia» se hacía cada vez más pesado y, por ello, menos seguro como lazo único de cohesión entre los diferentes grupos del régimen. 3. La cuestión del Beagle y del Atlántico Sur, un verdadero atolladero para el gobierno argentino que, después de haber impugnado el laudo arbitral y recurrido a la mediación vaticana, no podía rechazar ni aceptar la propuesta del Papa para dar solución al litigio con Chile: lo primero hubiera aislado hasta lo insostenible a la Argentina, cuyo régimen no gozaba de la mejor fama en el mundo; lo segundo era resistido por la mayoría de los jefes militares. Pero no era un área cualquiera la que estaba en juego: el Atlántico Sur se había convertido en una zona de creciente importancia, no sólo por la riqueza real o potencial que pudiera albergar, sino por su valor estratégico ante la inestabilidad de las rutas tradicionales: el país que tuviera la llave del extremo sur era el socio insoslayable de la gran alianza atlántica.

De cara a este conjunto de problemas, la recuperación de las Malvinas parecía poseer todas las virtudes. Agreguemos, porque sin este elemento político e ideológico no se tendría una de las claves del mesianismo beligerante que se había apoderado de los responsables del Operativo, que desde 1978 se configuró, dentro y fuera del régimen, lo que podría llamarse un «partido de la guerra». Su forma más pública y visible era la de un conjunto de círculos y camarillas, liberales unos, nacionalistas otros, pero todos muy activos (conferencias, fo-

lletos, libros) en la promoción de una política exterior «fuerte», capaz de poner en vereda a los vecinos y atraer el interés de los «grandes» de occidente hacia una Argentina convertida en potencia regional del Cono Sur. Este «partido de la guerra» que no pudo imponerse en 1978 para ajustar cuentas con Chile, jugó un importante papel en el bloqueo de la propuesta papal sobre el Beagle y en abril de 1982 encontró su «canciller de hierro» y su hora.

III

Todos estos factores se condicionaron recíprocamente y condicionaron el conjunto del proceso, con sus vicisitudes políticas y diplomáticas, durante los dos meses y medio que duró el conflicto. Si el general Galtieri y sus asesores apostaron, al menos durante la primera etapa del enfrentamiento, al todo o nada —*victoria* (es decir reconocimiento de la soberanía previo a toda negociación) o *humillación nacional*— no fue únicamente porque confiaron en la amistosa e incluso cómplice neutralidad del imperialismo norteamericano, sino también porque sólo un éxito neto podía rendir todos sus frutos al moribundo Proceso de Reorganización Nacional. No cortar, de entrada, los puentes de negociación podía parecer más sabio desde el punto de vista diplomático, pero ello le hubiera despojado al Operativo de todas aquellas virtudes que habían encendido la imaginación de sus estrategas. Después del 2 de abril, de las declaraciones desafiantes y de la convocatoria a Plaza de Mayo, promovida para convertir a los jefes del gobierno en intérpretes de la «causa nacional», no se podía ofrecer como resultado la perspectiva de una negociación larga y complicada. El Operativo no se puso en marcha para iniciar la liquidación del proceso comenzado seis años atrás, sino para sacarlo del atolladero y conducirlo al cumplimiento de sus metas.

IV

¿Qué respuesta daba el Operativo a las demandas por las cuales se habían movilizado las fuerzas de la oposición hasta el 30 de marzo (trabajo, salarios, libertades